34.º Domingo del Tiempo Ordinario – Jesucristo, Rey del Universo

Ez 34,11–12.15–17; 1 Cor 15,20–26.28; Mt 25,31–46

INTRODUCCIÓN

Había una vez un niño pequeño que visitó una gran catedral junto con su abuela. Mientras contemplaba los vitrales de colores, preguntó: «¿Quiénes son esas personas?». Su abuela le respondió: «Son los santos». Más tarde, en la escuela, la maestra preguntó a los niños: «¿Qué es un santo?». El niño respondió rápidamente: «Un santo es alguien a través de quien brilla la luz».

Hoy, en la solemnidad de Cristo Rey, la Iglesia nos recuerda que la luz de Cristo, nuestro Rey, no brilla a través del dominio o del poder, sino mediante el amor, la misericordia y la compasión. Él es el Rey-Pastor que busca a los perdidos, cura a los heridos y se identifica con los pobres y olvidados.

En el Evangelio, Jesús nos dice que la medida definitiva de la vida no es el éxito, el prestigio o las apariencias, sino el amor expresado en los gestos cotidianos de bondad. Cada vez que damos de comer al hambriento, acogemos al extranjero, consolamos al que sufre o perdonamos al que nos ha herido, la luz de Cristo brilla a través de nosotros.

Sin embargo, también reconocemos cuántas veces hemos dejado de amar como Él nos pide. Ha habido momentos de indiferencia, egoísmo y negligencia. A veces hemos pasado de largo ante quienes necesitaban ayuda o hemos cerrado nuestro corazón al sufrimiento que nos rodea.

Por eso, confiando en la misericordia de Cristo, nuestro Rey-Pastor, que viene no solo para juzgar sino también para sanar y restaurar, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres el Rey-Pastor que busca a los perdidos y carga sobre sus hombros a los débiles:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú te escondes en los hambrientos, en los que sufren y en los olvidados de este mundo:
Cristo, ten piedad.
Señor Jesús, Tú vienes a sanar lo que está herido y a restaurar lo que ha caído:
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que envió a su Hijo como Rey-Pastor para buscar a los perdidos, sanar a los heridos y restaurar lo que estaba roto, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Hoy nos alegramos en Cristo nuestro Rey, cuyo trono es la Cruz y cuyo Reino está edificado sobre la verdad, la misericordia y el amor. Con corazones agradecidos, elevemos nuestras voces en alabanza mientras cantamos: Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, cuyo Hijo amado, Rey del universo, vino a nosotros como el Buen Pastor para buscar a los perdidos, fortalecer a los débiles y revelar tu misericordia mediante el amor humilde, concédenos que nosotros, que lo reconocemos en los pobres, en los que sufren y en los olvidados, lo sirvamos fielmente en nuestros hermanos y hermanas y así participemos de la alegría de su Reino eterno. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta una hermosa historia acerca de san Francisco de Asís. Un día, mientras caminaba por el campo, encontró a un leproso. En aquella época, los leprosos eran evitados y rechazados por todos. Al principio, Francisco sintió miedo y repugnancia. Sin embargo, movido por la gracia de Dios, se acercó al hombre, le dio una limosna y lo abrazó. Más tarde confesó que, en aquel momento,

había encontrado a Cristo mismo en aquel hombre despreciado por la sociedad.

Esta historia nos abre el corazón para comprender la fiesta que celebramos hoy: Cristo Rey. Sin embargo, la realeza de Jesús es muy distinta de cualquier otra realeza que el mundo haya conocido.

Cuando las personas piensan en los reyes, normalmente piensan en poder, esplendor, ceremonias, coronas, palacios, ejércitos y autoridad. Incluso hoy, donde todavía existen monarquías, los reyes y las reinas suelen ser símbolos de prestigio y grandeza. En la antigüedad, la imagen era todavía más fuerte: el rey era el guerrero que guiaba a sus ejércitos a la batalla o el gobernante que ejercía poder sobre sus súbditos. La historia también conoce otro tipo de rey: el tirano que se enriquece mientras otros sufren.

Pero cuando Dios habla de un rey en la Sagrada Escritura, especialmente a través del profeta Ezequiel, nos ofrece una imagen completamente diferente: no la de un conquistador, sino la de un pastor.

«Yo mismo apacentaré mis ovejas».

El pastor no es alguien que utiliza el rebaño para su propio beneficio. Busca a la oveja perdida. Venda a la herida. Fortalece a la débil. Conduce al rebaño hacia buenos pastos. Dios había confiado esta misión pastoral a los reyes y dirigentes de Israel, pero muchos fracasaron. En lugar de cuidar del rebaño, se cuidaron a sí mismos. Por eso Dios se lamenta por medio de Ezequiel: «Ustedes se alimentaban a sí mismos en vez de alimentar a mis ovejas».

Y entonces Dios promete: «Yo mismo seré el pastor de mi pueblo».

Esa promesa se cumple plenamente en Jesucristo.

Hoy, en la solemnidad de Cristo Rey, no celebramos a un gobernante sentado en un trono de oro rodeado de lujos. Celebramos al Rey-Pastor que carga sobre sus hombros a la oveja herida. Celebramos al Rey que se arrodilla para lavar los pies. Al Rey coronado no primero con oro, sino con espinas. Al Rey que no permitió que sus súbditos murieran por Él, sino que murió Él por sus súbditos.

¿Cuántos gobernantes a lo largo de la historia sacrificaron a otros para salvarse a sí mismos? Nosotros tenemos un Rey que se sacrificó a sí mismo para salvar a los demás.
El Evangelio de hoy presenta una escena majestuosa: el Hijo del Hombre viniendo en gloria con todos los ángeles y sentado en su trono. Es la imagen inmortalizada por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina: Cristo Juez ante quien están reunidas todas las naciones. A primera vista, parece el punto culminante del Evangelio. Pero, curiosamente, no lo es.
Inmediatamente después de este pasaje comienza, en el Evangelio de Mateo, el relato de la Pasión. El Juez glorioso se convierte en el Redentor sufriente. El Rey sentado en el trono se convierte en el Rey colgado de la cruz. Aquel que separa las ovejas de los cabritos es rechazado, despojado, herido, sediento, encarcelado y abandonado.
Eso lo cambia todo.
Porque el Juez que nos juzga es también el Salvador que nos comprende. No juzga desde la distancia, sino como quien ha recorrido nuestros caminos, cargado nuestras tristezas, conocido nuestras tentaciones, experimentado nuestras debilidades y sufrido nuestra soledad. No lleva solamente una corona real; lleva una corona de espinas.
¿Y cuál es el criterio del juicio?
No el éxito.
No la fama.
No los logros.
Ni siquiera las apariencias religiosas por sí solas.
Sino el amor.
Como decía san Juan de la Cruz: «Al atardecer de la vida seremos juzgados en el amor».
Jesús se identifica plenamente con el hambriento, el sediento, el extranjero, el enfermo, el desnudo y el encarcelado. «Cada vez que lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron».
¡Qué revelación tan asombrosa! El Rey del universo se esconde en los miembros más débiles de la humanidad.
Santa Teresa de Calcuta comprendió profundamente esta verdad. Una vez recogió de las calles de Calcuta a un

hombre moribundo. Su cuerpo estaba cubierto de llagas y se encontraba al borde de la muerte. Ella no pudo salvarlo médicamente, pero sostuvo su mano para que no muriera solo. Más tarde dijo: «Cada uno de ellos es Jesús disfrazado».

San Martín de Tours también lo comprendió. Cuando era un joven soldado y todavía no había sido bautizado, partió su capa en dos para compartirla con un mendigo que se estaba congelando de frío. Aquella noche soñó con Cristo vestido con la mitad de la capa que había regalado. Cristo dijo a los ángeles: «Martín me ha vestido».

Santa Isabel de Hungría también lo entendió. Siendo una princesa rodeada de privilegios, llevaba en secreto pan a los pobres. Según la tradición, cuando alguien le preguntó qué llevaba oculto bajo su manto, el pan se convirtió en rosas. Sea historia o leyenda, el mensaje permanece verdadero: el amor transforma los actos ordinarios en algo hermoso delante de Dios.

Y quizá una de las verdades más consoladoras del Evangelio de hoy es precisamente esta: el valor eterno de la bondad cotidiana.

Los justos se sorprenden: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento?». Nunca imaginaron que sus sencillos actos de amor tenían un significado eterno. Una visita al enfermo. Una comida compartida. Un oído atento. Una palabra de ánimo. Un vaso de agua. Un pequeño sacrificio realizado en silencio. Todo ello se convierte en un encuentro con Cristo mismo.

El Evangelio nos recuerda que el cielo entra muchas veces en el mundo de manera silenciosa a través de la compasión cotidiana.

Al mismo tiempo, Jesús dirige una palabra exigente a quienes están a su izquierda. Su pecado no es una crueldad extraordinaria. Es la negligencia. La indiferencia. La falta de amor cuando era posible amar.

Esta parte del Evangelio puede inquietarnos. Si somos sinceros, todos recordamos personas a quienes podríamos haber ayudado más. Momentos en que la

comodidad fue más importante que la compasión.
Ocasiones en las que pasamos de largo ante el sufrimiento.
Sin embargo, el miedo no es la última palabra de esta solemnidad.
La última palabra es la misericordia.
Porque el Juez es también el Pastor que busca a la oveja perdida.
Existe un hermoso doble significado en la palabra alemana *richten*: significa «juzgar», pero también «poner en orden», «reparar». Si una silla está rota, se la lleva a un carpintero para que la arregle.
Eso es precisamente lo que hace Cristo Rey. No viene solamente a condenar lo que está roto. Viene a restaurarlo. A sanarlo. A levantar lo que ha caído.
Todo lo que está roto en nuestra vida —nuestros fracasos, heridas, arrepentimientos, pecados y temores— puede ser presentado ante Él. Y podemos orar: «Señor, vuelve a ponerme en orden. Sana lo que está herido. Restaura lo que se ha perdido».
Y Él lo hará.
Permítanme terminar con otra historia.
Durante la Segunda Guerra Mundial, un soldado regresó a una aldea devastada por las bombas y vio una estatua de Cristo destrozada entre las ruinas de una iglesia. Las manos de la estatua habían desaparecido a causa de la explosión. Más tarde, cuando la iglesia fue reconstruida, los habitantes colocaron nuevamente la estatua dañada en su interior, pero debajo escribieron estas palabras: «Cristo no tiene ahora en la tierra más manos que las nuestras».
Ese es el misterio de la fiesta de hoy.
Cristo Rey sigue buscando a los perdidos a través de nuestras manos.
Sigue alimentando a los hambrientos mediante nuestra generosidad.
Sigue consolando a los que sufren mediante nuestra presencia.
Sigue acogiendo al extranjero mediante nuestra bondad.

Y un día, quizá para nuestra gran sorpresa, descubriremos que al amar a las personas heridas que Dios puso en nuestro camino, estábamos amando al Rey mismo. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe en Cristo nuestro Rey, que vendrá de nuevo con gloria y cuyo Reino no tendrá fin, profesemos ahora la fe de la Iglesia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, así como Cristo nuestro Rey-Pastor reúne y restaura a su pueblo mediante el amor y la misericordia, este sacrificio de nuestro servicio y devoción sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al ofrecerte, Señor, el sacrificio por el cual el género humano es reconciliado contigo, te rogamos humildemente que tu Hijo conceda a todas las naciones los dones de la unidad y de la paz, y nos enseñe a reconocer su presencia en los más pequeños y vulnerables entre nosotros. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque ungiste a tu Hijo unigénito, nuestro Señor Jesucristo, como Sacerdote eterno y Rey de toda la creación, para que realizara el misterio de la redención humana no mediante el poder o el dominio terrenos, sino por medio del sacrificio de la Cruz.
Como Pastor de las almas, busca a los perdidos, venda a los heridos, fortalece a los débiles y revela su gloria real mediante la misericordia, la compasión y el amor humilde.
En Él, los hambrientos son alimentados, los solitarios son acogidos, los que sufren son consolados y los quebrantados son restaurados.

Porque se ha hecho presente en los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas, para que, sirviéndolos a ellos, aprendamos a servir al Rey mismo.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:
Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por la misericordia de Cristo nuestro Rey-Pastor, que sana lo que está herido y restaura lo que está roto, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que viniste a nosotros no como un gobernante que domina, sino como el Rey-Pastor que reúne a los dispersos, sana a los heridos y restaura lo que está roto; no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad de tu Reino, donde el amor es más fuerte que el miedo y la misericordia triunfa sobre el juicio. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que viene como Rey-Pastor para alimentar a los hambrientos, sanar a los heridos y acoger a los perdidos. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Cristo nuestro Rey reina desde la Cruz, no por la fuerza sino por el amor. En esta Eucaristía se ha acercado una vez más a nosotros como alimento para los hambrientos, fortaleza para los débiles y misericordia para los pecadores. Que salgamos de esta celebración con ojos capaces de reconocerlo en quienes sufren, con manos dispuestas a servirlo en los demás y con corazones abiertos para amar de manera sencilla y escondida. Porque, al atardecer de la vida, seremos verdaderamente juzgados en el amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de recibir el alimento de la inmortalidad, te pedimos, Señor, que, gloriándonos en la obediencia a los mandamientos de Cristo, Rey del universo, podamos vivir eternamente con Él en su Reino celestial y reconocerlo y servirlo fielmente en los pobres y en los miembros sufrientes de su Cuerpo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesucristo, el Rey-Pastor que busca a los perdidos y sana a los heridos, los fortalezca en toda obra de amor.

Que les enseñe a reconocer su presencia en los pobres, en los que sufren y en los olvidados.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando a Cristo su Rey al servirlo en los más pequeños de sus hermanos y hermanas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Cristo no tiene ahora en la tierra más manos que las nuestras».

Cada acto de bondad, cada palabra de compasión y cada gesto de misericordia se convierte en un encuentro con el Rey que se esconde en los más pequeños entre nosotros.

Lunes de la 34.ª Semana del Tiempo Ordinario

Ap 14,1–3.4b–5; Lc 21,1–4

INTRODUCCIÓN

Hay una sencilla historia acerca de un niño que un día llevó un pequeño ramo de flores silvestres a una gran catedral. Las flores eran pequeñas, desiguales y ya comenzaban a marchitarse. Casi nadie les prestó atención junto a los grandes arreglos florales colocados cerca del altar. Sin embargo, el niño las ofreció con total sinceridad, como si nada más pudiera darse porque ya lo había entregado todo.

Con frecuencia vivimos en un mundo que mide el valor por el tamaño, el éxito y la visibilidad. Fácilmente caemos en la tentación de creer que solo los grandes logros o las ofrendas impresionantes tienen verdadera importancia. Lo pequeño o lo oculto puede parecernos insignificante, incluso a nosotros mismos.

Pero el Evangelio nos enseña otra manera de mirar. Jesús se fija en la viuda pobre, en el sacrificio escondido, en la fidelidad silenciosa que otros pasan por alto. A los ojos de Dios, lo que se ofrece con amor nunca es pequeño.

Por eso, al reunirnos para esta Eucaristía, pongamos ante el Señor todo lo que llevamos hoy en el corazón: nuestras fortalezas y debilidades, nuestra abundancia y nuestras limitaciones. Pidámosle perdón por las veces en que hemos juzgado por las apariencias o hemos reservado nuestro corazón para nosotros mismos en lugar de entregárselo a Dios, y preparémonos así para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú ves la generosidad escondida que el mundo tantas veces pasa por alto: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú alabaste a la viuda que entregó todo lo que tenía con confianza y amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú ofreciste tu propia vida por nosotros sin reservarte nada: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos valorado la vida solo por las apariencias externas, no hemos sabido reconocer los silenciosos actos de amor y hemos negado al Señor la confianza de nuestro corazón, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que no miras la grandeza de nuestros dones,
sino el amor con que son ofrecidos,
enséñanos a poner ante ti
lo poco que tenemos y lo poco que somos,
confiando en que nada de lo que se da con amor
se pierde jamás ante tus ojos.

Concédenos que, siguiendo el ejemplo de Cristo,
aprendamos a entregarnos generosa y fielmente cada día.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una anciana que acudía a la iglesia cada mañana. Durante muchos años había estado muy comprometida con la vida parroquial: visitaba enfermos, ayudaba a los necesitados y colaboraba en numerosas actividades. Pero los años habían pasado y sus fuerzas ya no eran las mismas. Ahora caminaba lentamente, hablaba poco y parecía que lo único que podía hacer era sentarse unos minutos en silencio ante el Santísimo.

Algunas personas se preguntaban qué diferencia podía hacer ya su presencia. Un día alguien le preguntó por qué seguía viniendo con tanta fidelidad. Ella respondió

sencillamente: “Ya no puedo hacer mucho, pero todavía puedo ofrecerle a Dios mi tiempo y mi amor”.

Aquella ofrenda silenciosa podía parecer pequeña, pero quizá era todo lo que tenía.

En el Evangelio de hoy, Jesús está sentado cerca del tesoro del Templo observando cómo la gente deposita allí sus ofrendas. Muchos ricos se acercan y ponen grandes cantidades. Sus donativos son visibles, cuantificables y llaman la atención. Pero entonces aparece una viuda pobre, casi imperceptible entre la multitud, y deposita dos pequeñas monedas, de valor prácticamente insignificante.

Sin embargo, es a ella a quien Jesús mira. Y más aún, es a ella a quien Jesús elogia.

Él ve lo que los demás no ven. Mientras otros miden la cantidad, Jesús mide el corazón. Mientras otros ven “muy poco”, Jesús ve “todo”. Para aquella viuda, esas dos monedas no eran unas sobras; representaban todo lo que tenía para vivir. Al entregarlas, se estaba confiando completamente a Dios.

Aquí encontramos una paradoja silenciosa pero poderosa: a veces quienes dan menos son precisamente quienes dan más. No por la cantidad, sino por el sacrificio. No por lo que queda, sino porque no se reservan nada.

De muchas maneras, esta viuda refleja al mismo Jesús. En este momento del Evangelio, él ya camina hacia su Pasión. Muy pronto también lo dará todo, no desde la abundancia, sino desde el amor. Como la viuda, no se reservará nada para sí.

Este Evangelio habla con suavidad, pero también con claridad, a nuestra propia vida. Hay momentos en que sentimos que tenemos mucho para dar: energía, fortaleza, recursos o tiempo. Pero también hay momentos en que sentimos que tenemos muy poco. Nuestra salud puede debilitarse, nuestras fuerzas pueden disminuir y nuestras circunstancias pueden limitarnos. Incluso podemos llegar a pensar que lo que ofrecemos ya no tiene importancia.

Sin embargo, precisamente ahí es donde el Evangelio nos trae esperanza. Porque en esos momentos, lo poco que damos puede convertirse en nuestro mayor regalo. Una palabra amable cuando estamos cansados. Una oración cuando nos sentimos vacíos. Un pequeño acto de paciencia cuando todo en nuestro interior quisiera retirarse. Nada de eso es insignificante ante los ojos de Dios.

También podemos equivocarnos en la forma de mirar a los demás. Como la multitud en el Templo, podemos pasar por alto la generosidad silenciosa que nos rodea: los sacrificios ocultos, la fidelidad desapercibida, los pequeños actos cotidianos de amor que nunca aparecen en las noticias. Pero el Señor los ve todos. Nada de lo que se ofrece con amor se pierde ni es ignorado.

Esto nos invita a adoptar una manera distinta de mirar, no solo a nosotros mismos, sino también a los demás. A ir más allá de las apariencias. A reconocer que la generosidad no siempre es llamativa o impresionante; con frecuencia es silenciosa, escondida y profundamente costosa.

Al final, la viuda nos enseña algo profundamente liberador: no necesitamos tener mucho para dar de manera significativa. Simplemente estamos llamados a ofrecer lo que tenemos, desde donde estamos, confiando en Dios.

Y quizá eso sea suficiente; más que suficiente.

Permítanme terminar con otra historia. Una enfermera contaba que cuidaba a un paciente en fase terminal que ya casi no tenía fuerzas. Apenas podía hablar y apenas podía moverse. Sin embargo, cada vez que alguien entraba en su habitación, él le apretaba suavemente la mano.

Era un gesto muy pequeño, casi imperceptible. Pero para quienes lo recibían, significaba muchísimo. Era su manera de decir: “Todavía estoy aquí. Todavía doy lo que puedo”.

A los ojos de Dios, eso nunca es algo pequeño.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que los humildes dones
que presentamos al Señor, ofrecidos con corazones
confiados y amor sincero, sean agradables a Dios, Padre
todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
recibe estas ofrendas colocadas sobre tu altar
y enséñanos, por medio de este sagrado misterio,
que incluso el don más pequeño ofrecido con amor
se vuelve precioso ante tus ojos.

Que este sacrificio nos fortalezca
para entregarnos más plenamente
en la fe, la esperanza y la caridad.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú no juzgas como juzga el mundo,
ni mides según las apariencias externas.

Te complaces en los corazones humildes y confiados,
y acoges con amor
los sacrificios ocultos y los silenciosos actos de
generosidad
que con frecuencia pasan desapercibidos para los demás.

En la viuda pobre del Evangelio
nos revelas la belleza de una confianza total,
y en tu Hijo, Jesucristo,
nos muestras la ofrenda perfecta de una vida derramada
por amor.

Por él nos enseñas
que nada de lo que se da con amor es pequeño ante tus ojos.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, confiando en que nuestro Padre recibe incluso la más pequeña ofrenda hecha con amor, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y líbranos también de la tentación
de medir la vida solamente por el éxito, el reconocimiento o la fuerza.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
confiemos en que incluso nuestros más pequeños actos de amor
tienen valor ante tus ojos,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú viste la fe silenciosa de la viuda
y alabaste el amor escondido en su ofrenda.

No mires nuestras debilidades ni nuestras limitaciones,
sino la fe y la generosidad de tu Iglesia,
y concédele bondadosamente la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que se entregó completamente por nuestra salvación.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La viuda ofreció solamente dos pequeñas monedas, y sin embargo Jesús dijo que había dado más que todos los demás. Dios no nos pregunta si tenemos mucho que ofrecer, sino si ofrecemos con amor lo que tenemos.

Quizá hoy nos sentimos limitados, cansados, ignorados o incapaces de realizar grandes cosas. Sin embargo, el Señor recibe cada acto silencioso de fe: una palabra paciente, un sacrificio escondido, una sencilla oración, un corazón que continúa volviéndose hacia él.

Nada de lo que se ofrece con amor se desperdicia jamás a los ojos de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Pan de la vida, te pedimos, Señor,
que esta santa Comunión profundice en nosotros
un espíritu de humilde generosidad y amor confiado.

Enséñanos a reconocer tu presencia
en las ofrendas ocultas y fieles de la vida cotidiana,
y ayúdanos a entregarnos más plenamente a ti y a los demás.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y les enseñe
a reconocer el valor de cada acto de amor. Amén.

Que él los fortalezca
para entregarse generosamente cada día,
incluso en medio de la debilidad o de las limitaciones.
Amén.

Y que les conceda mirar con los ojos de Cristo,
que observa cada sacrificio oculto y cada corazón fiel.
Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con la generosidad silenciosa de sus vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no mide el tamaño de lo que damos, sino el amor con que lo damos. Incluso la ofrenda más pequeña, cuando se entrega de todo corazón, se vuelve grande ante sus ojos.

Martes de la 34ª Semana del Tiempo Ordinario

Ap 14,14–19; Lc 21,5–11

«Cuando todo pasa, Cristo permanece.»

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un turista que visitaba una antigua ciudad europea. El guía mostró con orgullo una gran catedral que había sobrevivido a guerras, incendios y revoluciones. Mientras todos admiraban su belleza y solidez, una anciana dijo en voz baja: «Sí... pero incluso esto un día caerá. Sólo Dios permanece».

Con frecuencia nos sentimos atraídos por aquello que parece fuerte y duradero. Depositamos nuestra confianza en edificios, instituciones, rutinas, logros e incluso en nuestros propios planes. Todo ello nos da una sensación de estabilidad y control.

Pero hoy Jesús nos recuerda que incluso el templo más magnífico llegará un día a desaparecer. Lo que parece permanente a los ojos humanos sigue siendo pasajero ante Dios. Sólo el Señor permanece para siempre fiel.

Al presentarnos ante Aquel que es el único que perdura eternamente, reconozcamos las veces en que hemos confiado más en las cosas pasajeras que en Dios, y pidámosle su misericordia y su paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú permaneces fiel cuando los cimientos de nuestra vida son sacudidos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a poner nuestra confianza no en las cosas pasajeras, sino en tu palabra que permanece para siempre: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres la roca que nunca se derrumba y la esperanza que nunca se desvanece: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone por haber puesto tantas veces nuestra confianza en cosas pasajeras más que en su amor eterno, nos fortalezca para permanecer fieles en medio de los

cambios e incertidumbres de la vida y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
en medio de las realidades pasajeras de este mundo,
sólo tú permaneces inconmovible y eterno.

Enséñanos a construir nuestra vida sobre tu Hijo,
cuya palabra nunca pasa
y cuya presencia nunca nos abandona,

para que en toda prueba y en todo cambio
permanezcamos firmes en la fe y en la esperanza.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un joven construyó una vez un magnífico castillo de arena en la playa. Pasó horas levantando torres, modelando murallas e incluso cavando un foso alrededor. Cuando terminó, dio un paso atrás y contempló con orgullo su obra. Pero, poco a poco, la marea comenzó a subir. El agua llegó primero a los bordes, luego a las murallas y finalmente arrastró todo el castillo. El muchacho permaneció en silencio, y entonces su padre le dijo con suavidad: «Era hermoso, pero nunca estuvo destinado a durar para siempre».

En el Evangelio de hoy, las personas admiran el Templo de Jerusalén de una manera muy parecida. Era una obra maestra: enormes piedras, una construcción impresionante, un símbolo de identidad y de fe. Para ellos debía parecer inamovible, casi eterno. Sin embargo, Jesús pronuncia unas palabras que rompen esa ilusión: «Llegará un tiempo en que no quedará piedra sobre piedra».

Esto no es solamente una predicción sobre un edificio; es una verdad acerca de la vida misma. Muchas de las cosas que consideramos permanentes son, en realidad, pasajeras. Las estructuras se derrumban, los sistemas cambian, las relaciones se transforman e incluso nuestros propios cuerpos se debilitan con el paso del tiempo. Como el castillo de arena, muchas cosas que construimos y en las que confiamos no están destinadas a durar para siempre.

No es extraño que estas palabras puedan inquietarnos. Podríamos preguntarnos, como seguramente lo hicieron las personas del tiempo de Jesús: ¿Dónde está la Buena Nueva en todo esto? ¿Por qué el Evangelio habla de destrucción, conflictos y conmociones?

La Buena Nueva no está en lo que pasa, sino en lo que no pasa. Más adelante Jesús dice: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». En otras palabras, cuando todo lo demás cambia, Cristo permanece. Cuando los cimientos tiemblan, su presencia no desaparece.

Aquí es donde el libro del Apocalipsis, en la primera lectura, nos ofrece una visión más profunda. En medio de las imágenes de cosecha y juicio, existe también una serena certeza: los planes de Dios permanecen. La historia no es fruto del azar; está sostenida en las manos de Dios. Incluso cuando hay pérdidas, Dios no está ausente. Incluso cuando algo termina, el Reino de Dios no llega a su fin.

Por eso la pregunta para nosotros se vuelve muy concreta: ¿Dónde está mi seguridad? ¿Está en cosas que pueden ser quitadas —el éxito, la reputación, las posesiones, incluso ciertas estructuras y rutinas—, o está arraigada en una relación con el Señor, que es el único que permanece siempre fiel?

Cuando nuestra vida está anclada en Cristo, el cambio no nos destruye. La pérdida no nos define. Ni siquiera la

muerte tiene la última palabra. Porque Aquel a quien estamos unidos no desaparece ni pasa.

Hay una gran libertad en esta verdad. Podemos apreciar las cosas buenas de este mundo —los «templos» de nuestra vida— sin aferrarnos a ellas como si fueran lo absoluto. Podemos recibirlas con gratitud, pero también mantenerlas con las manos abiertas.

Un anciano regresó una vez a las ruinas de una iglesia donde había sido bautizado cuando era niño. El edificio había sido destruido hacía muchos años durante una guerra. Mientras permanecía allí, alguien le preguntó: «¿Le duele verla así?». Él respondió: «El edificio ya no existe, pero lo que recibí aquí sigue vivo dentro de mí. Dios no me ha abandonado».

Y éste es el corazón del mensaje de hoy: las piedras pueden caer, las estructuras pueden desaparecer, pero el Señor permanece, y su relación con nosotros perdura para siempre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, confiando no en las cosas pasajeras sino en la misericordia permanente de Cristo, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, al colocar estos dones sobre tu altar,
enséñanos a ofrecerte no sólo el pan y el vino,
sino también nuestros temores, nuestros apegos
y nuestras frágiles seguridades.

Que este sacrificio profundice nuestra confianza en Cristo,
que permanece fiel cuando todo lo demás pasa.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría
nos recuerdas que las cosas de este mundo son pasajeras,
pero nunca dejas de guiar a tu pueblo con amor constante.

Cuando las fuerzas humanas fallan
y los cimientos terrenales son sacudidos,
tu Hijo sigue siendo nuestra esperanza segura
y tu palabra permanece firme para siempre.

En Cristo nos enseñas a no aferrarnos con temor a lo que se desvanece,
sino a buscar el Reino que permanece eternamente.

Porque incluso en medio del cambio, la pérdida y la incertidumbre,
tú permaneces cerca de quienes confían en ti.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque Cristo permanece como nuestro fundamento seguro cuando todo lo demás pasa, y porque somos hijos del Padre cuyo amor dura para siempre, nos atrevemos a orar con las palabras que el mismo Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y fortalécenos cuando las cosas de este mundo parezcan inciertas y frágiles.

Mantén nuestro corazón firmemente anclado en tu Hijo,
cuyo amor permanece cuando todo lo demás pasa,

mientras esperamos con gozosa esperanza
la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles:
«La paz les dejo, mi paz les doy».
No mires nuestros temores cuando fallan las seguridades terrenas, sino la fe de tu Iglesia,
que confía en tu presencia permanente.

Concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
éste es quien permanece fiel en medio de todos los cambios y pruebas de la vida.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Muchas cosas en la vida cambian. Lo que una vez pareció seguro puede desaparecer, y aquello que construimos con gran esfuerzo puede desvanecerse con el tiempo.

Sin embargo, hoy Cristo nos recuerda que su presencia permanece. El Señor que hemos recibido en esta Eucaristía es el mismo ayer, hoy y siempre.

Que nuestro corazón no descanse en las cosas pasajeras, sino en Aquel que nunca nos abandona.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios,
te pedimos humildemente, Señor,
que fortalezcas nuestros corazones en una fe duradera,

para que, en medio de las realidades pasajeras de este mundo,
permanezcamos firmemente arraigados en Cristo,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor,
el único que permanece fiel para siempre,

los fortalezca cuando la vida parezca incierta,
los libere del temor a lo que pasa
y mantenga sus corazones firmemente anclados en Cristo.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al poner su confianza no en lo que se desvanece, sino en Cristo, que permanece para siempre.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Todo lo que construimos en este mundo es temporal, pero una vida arraigada en Cristo jamás se perderá.»

Miércoles de la 34.ª Semana del Tiempo Ordinario Ap 15,1–4; Lc 21,12–19

«En toda prueba, el Señor transforma nuestra debilidad en testimonio.»

INTRODUCCIÓN

Una joven maestra contó una vez su primer día en una escuela muy difícil. Los estudiantes estaban inquietos, poco cooperativos e incluso hostiles. Al final de la jornada se sentó en su automóvil y se preguntó si había cometido un terrible error. Todo en ella le hacía sentir que había fracasado. Sin embargo, años más tarde, al recordar aquel día, dijo: «Ese fue el día en que realmente me convertí en maestra». Lo que parecía un revés se convirtió en un punto de inflexión.

Con frecuencia descubrimos que la vida no nos hace crecer a través de la comodidad, sino a través de la resistencia. Los momentos que parecen oscuros, confusos o amenazantes pueden convertirse en lugares donde la paciencia, la valentía y la fe se van formando silenciosamente dentro de nosotros.

Las lecturas de hoy nos hablan de persecución, perseverancia y victoria. Jesús dice a sus discípulos que llegarán las pruebas, pero también les promete que esos momentos se convertirán en oportunidades para dar testimonio. El Libro del Apocalipsis nos muestra a quienes permanecieron fieles, ahora de pie ante Dios, alabándolo. Al reunirnos alrededor del altar del Señor, reconozcamos las veces en que perdimos el valor, escondimos nuestra fe o confiamos solamente en nosotros mismos en lugar de confiar en la fuerza de Dios. Pidámosle misericordia y gracia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú permaneces fiel a tu pueblo en toda prueba: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú transformas nuestra debilidad en oportunidades para dar testimonio: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos das sabiduría, fortaleza y perseverancia por medio de tu Espíritu: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que fortalece a los débiles, sostiene a los cansados y nunca abandona a quienes confían en él, perdone nuestros pecados, sane nuestros temores y nos lleve a la vida eterna.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por medio de tu Hijo nos enseñaste que la perseverancia fiel produce frutos duraderos, concédenos que, en medio de las pruebas y presiones de esta vida, no confiemos en nuestras propias fuerzas, sino en la gracia que viene de ti, para que nuestras vidas se conviertan en un valiente testimonio del Evangelio.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Un hombre contó una vez cómo perdió inesperadamente su empleo. Con una familia que mantener, el miedo fue inmediato y abrumador. Durante semanas se sintió humillado y lleno de enojo. Pero durante ese tiempo comenzó a ofrecerse como voluntario en un refugio local simplemente para mantenerse ocupado. Allí, al servir a personas que tenían incluso menos que él, algo cambió en su interior. Más tarde decía: «Perder mi trabajo fue el lugar donde encontré mi verdadera misión». Lo que parecía un derrumbe se convirtió en una vocación.
Jesús, en el Evangelio de hoy, prepara a sus discípulos para algo que parece un derrumbe. Habla con claridad: serán arrestados, perseguidos y traicionados, incluso por quienes están más cerca de ellos. No es un mensaje reconfortante. Es directo, inquietante y muy real. Sin embargo, justamente en medio de esa oscuridad, Jesús dice algo sorprendente: «Esto les servirá para dar testimonio».

Aquello que instintivamente evitamos —la dificultad, la oposición, la vulnerabilidad— Jesús lo presenta como una oportunidad. No porque el sufrimiento sea bueno en sí mismo, sino porque Dios puede actuar poderosamente a través de él. Los primeros cristianos entendieron esto muy bien. San Pablo, escribiendo desde la prisión, podía afirmar que su encarcelamiento había contribuido a la difusión del Evangelio. Lo que parecía una limitación se convirtió en misión.

Vemos el mismo patrón en nuestras propias vidas. Los momentos en que nos sentimos más débiles —cuando nos faltan las palabras, cuando somos incomprendidos, cuando defender lo correcto nos cuesta algo— pueden convertirse en momentos de auténtico testimonio. No un testimonio perfecto ni impresionante, sino real. Y muchas veces es precisamente esa autenticidad la que habla con mayor fuerza.

Jesús también conoce nuestros temores. Por eso hace una promesa: «Yo mismo les daré palabras y sabiduría». En otras palabras, no estamos solos para afrontar esos momentos. La fuerza que necesitamos, las palabras que no encontramos, el valor que nos falta, nos son concedidos por él. La fe no es autosuficiencia; es confiar en Aquel que siempre es fiel.

Aquí resuenan con verdad las palabras de santa Teresa de Calcuta: no estamos llamados a tener éxito, sino a ser fieles. El Evangelio no garantiza resultados visibles. No promete que nuestro testimonio será siempre bien recibido o comprendido. Lo que pide es perseverancia: la decisión serena y constante de no abandonar a Cristo, incluso cuando resulta difícil.

Y esa perseverancia no es algo que fabricamos por nosotros mismos. Está arraigada en la fidelidad de Dios hacia nosotros. La primera lectura nos muestra a un pueblo que ha atravesado la prueba y que ahora permanece de pie cantando las alabanzas de Dios. Su victoria no fue obra propia; fue Dios quien los sostuvo y los condujo hasta el final. Lo mismo sucede con nosotros. Incluso hoy, aunque quizá no afrontemos la clase de persecución descrita en el Evangelio, conocemos

presiones más silenciosas: la tentación de mantener la fe en privado, de callar cuando deberíamos hablar, de mezclarnos con los demás en lugar de distinguirnos por nuestra fe. Sin embargo, una fe auténtica no puede permanecer escondida. Si Cristo ocupa verdaderamente el centro de nuestra vida, eso se reflejará en nuestras decisiones, nuestras palabras y nuestras prioridades.

La llamada, entonces, es sencilla pero exigente: permanecer, perseverar y dar testimonio. No de manera espectacular, sino fielmente. No apoyándonos en nuestras propias fuerzas, sino en las de Cristo.

Una enfermera contó que, durante un turno nocturno especialmente agotador, un paciente le preguntó: «¿Cómo logra mantenerse tan tranquila?». Ella hizo una breve pausa y respondió simplemente: «No estoy haciendo esto sola». Aquella respuesta sencilla, pronunciada en medio del cansancio, se convirtió en un momento de gracia tanto para el paciente como para ella misma. En ese instante silencioso y frágil, su debilidad se convirtió en testimonio.

Y ese es el corazón del mensaje de hoy: en toda prueba, el Señor transforma nuestra debilidad en testimonio.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que ofrecemos con fe, y las vidas que presentamos ante el Señor con toda su debilidad y lucha, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estas ofrendas como signos de nuestra confianza en tu fidelidad.

Cuando las pruebas nos debiliten y las cargas parezcan demasiado pesadas para soportarlas, enséñanos a confiar en tu gracia, para que nuestras vidas se conviertan en testimonio de la fuerza que procede de ti.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en toda época sostienes a tu pueblo con amor inagotable y fortaleces a quienes ponen su confianza en ti.
Cuando tus hijos enfrentan dificultades, rechazo o temor, no los abandonas, sino que manifiestas tu poder a través de su debilidad.
En tu Hijo Jesucristo nos mostraste que la perseverancia fiel conduce a la vida.
Él mismo afrontó la traición, el sufrimiento y la cruz, pero transformó el sufrimiento en salvación y la debilidad en victoria.
Por el testimonio de los santos y por la fidelidad silenciosa de tu pueblo en nuestros días, sigues dando a conocer tu Evangelio en el mundo.
Das valentía a los temerosos, sabiduría a los que dudan y esperanza a todos los que perseveran en la fe.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando no en nuestras propias fuerzas, sino en el amor fiel del Padre, y seguros de que él nos sostiene en toda prueba, oremos con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y fortalécenos cuando las pruebas y los temores pesen sobre nosotros.
Danos el valor de permanecer fieles en los momentos de debilidad, la sabiduría para dar testimonio de Cristo con humildad y la esperanza que nace de confiar en tu cuidado constante, mientras aguardamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus discípulos que no tuvieran miedo cuando afrontaran persecuciones y dificultades:
No tengas en cuenta nuestros temores y fracasos, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, éste es quien nos fortalece en toda prueba y nos llama a dar un testimonio fiel.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tú no nos pides que seamos fuertes por nosotros mismos. Sólo nos pides que permanezcamos contigo.
En nuestra debilidad, enséñanos a confiar en tu fuerza. En nuestros temores, enséñanos a apoyarnos en tus promesas.
Y en cada prueba, haz que nuestras vidas sean un testimonio sereno de tu amor fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Pan de la vida, te rogamos, Señor, que por medio de este sacramento nos fortalezcas para soportar con fidelidad las pruebas y presiones de la vida cotidiana.
Que nuestra comunión con Cristo nos dé el valor de dar testimonio del Evangelio con humildad, perseverancia y esperanza.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca en toda prueba, les conceda valentía en los momentos de debilidad y haga de sus vidas un fiel testimonio de su amor.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su fiel testimonio en la vida diaria.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Las pruebas que tememos pueden convertirse precisamente en los lugares donde la gracia de Dios brilla con mayor claridad. En cada debilidad que le confiamos con fidelidad, el Señor hace surgir un testimonio.

Jueves de la 34.ª Semana del Tiempo Ordinario

Ap 18,1–2.21–23; 19,1–3.9a; Lc 21,20–28

«Cuando todo parece derrumbarse, Cristo viene a levantarnos.»

INTRODUCCIÓN

Un maestro llevó un día una vasija de barro al aula y, de repente, la dejó caer al suelo. Se hizo añicos. Los alumnos intentaron volver a unir los fragmentos, pero, aunque lograron repararla, las grietas seguían siendo visibles. Hay cosas que, una vez rotas, no pueden volver a ser exactamente como eran antes.

Sabemos que esto ocurre no solo con los objetos, sino también con la vida misma. Los planes se derrumban, la salud se debilita, las relaciones se tensan y las certezas desaparecen. A veces podemos sentir que algo importante dentro de nosotros se ha venido abajo.

Las lecturas de hoy hablan con sinceridad de esos momentos. Describen conmoción, caída y temor. Sin

embargo, también revelan algo más profundo: cuando todo parece derrumbarse, Cristo no viene para abandonarnos, sino para levantarnos y conducirnos a una libertad y una esperanza nuevas.

Por eso, presentando ante el Señor todas aquellas áreas de nuestra vida que se sienten rotas, llenas de temor o incertidumbre, pidámosle su misericordia y su sanación al comenzar nuestro acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, cuando nuestro mundo se tambalea y nuestros corazones sienten miedo, tú nos llamas a permanecer firmes en la confianza:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, cuando las esperanzas se derrumban y nos faltan las fuerzas, tú te acercas con la promesa de la liberación: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, por tu Cruz y tu Resurrección, transformas los finales en nuevos comienzos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso mire con compasión nuestra fragilidad, nos fortalezca cuando la vida parezca incierta, nos levante cuando las cargas pesen sobre nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuyo Hijo nos enseñó a no desanimarnos cuando los poderes de este mundo tiemblan y desaparecen, concédenos la gracia de permanecer firmes en la fe y de levantar nuestros ojos hacia Cristo, que viene con poder salvador y misericordia.

En medio de las incertidumbres de este mundo pasajero, que podamos confiar en la libertad y la esperanza que brotan de su Cruz y Resurrección.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Había una vez un hombre que pasó años construyendo un pequeño negocio desde cero. Era su orgullo y su seguridad. Pero una crisis inesperada condujo a otra, y en pocos meses todo se derrumbó. Una noche, sentado solo en el local vacío, dijo: «Siento como si todo mi mundo hubiera terminado».

Esa sensación de que todo se desmorona es precisamente el escenario de las lecturas de hoy. Jesús habla de Jerusalén rodeada, invadida y destruida. El libro del Apocalipsis proclama la caída de Babilonia, un imperio que parecía intocable. Los grandes poderes se derrumban. Lo que parecía permanente demuestra ser frágil.

La historia confirma este patrón. Jerusalén cayó. Roma desapareció. Toda estructura humana, por fuerte que parezca, lleva dentro de sí la semilla de su propio final. Y esto puede inquietarnos, porque tendemos a construir nuestra sensación de seguridad sobre cosas que parecen sólidas: instituciones, logros e incluso relaciones.

Pero el Evangelio no se detiene en el derrumbe. Justo cuando el panorama se vuelve más oscuro —cuando el miedo se apodera de los corazones y el caos llena el mundo— Jesús dice algo extraordinario: «Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con gran poder y gloria... vuestra liberación está cerca».

Este es el punto decisivo. La caída no es el final. Misteriosamente, es el momento de la venida de Dios. Cuando todo parece derrumbarse, Cristo viene a levantarnos.

Vemos este mismo patrón con toda claridad en el Calvario. A simple vista, todo parecía perdido. Jesús fue rechazado, abandonado y crucificado. La misma esperanza parecía

hecha pedazos. Y, sin embargo, ese mismo momento se convirtió en la puerta de la resurrección. La oscuridad más profunda se transformó en el lugar donde la luz de Dios brilló con mayor fuerza.

Lo mismo sucede en nuestras propias vidas. Hay momentos en que algo “cae”: un sueño, un proyecto, una sensación de control. Podemos sentirnos abrumados e incluso asustados. Pero el Evangelio nos invita a mirar de otra manera: no todo final es una derrota; algunos finales son aperturas. El Señor viene precisamente allí, no para borrar el pasado, sino para sacar de él una libertad más profunda.

Por eso Jesús dice: «Pónganse de pie y levanten la cabeza». No con negación de la realidad ni con arrogancia, sino con confianza. Confianza en que Dios está obrando incluso cuando no podemos verlo con claridad. Confianza en que su poder no es destructivo como el poder del mundo, sino vivificante y liberador.

El hombre que perdió su negocio finalmente encontró trabajo ayudando a otros a reconstruir los suyos. Años más tarde dijo: «Perderlo todo fue la única manera de descubrir lo que realmente importaba y quién podía llegar a ser». Lo que al principio experimentó como un derrumbe se convirtió, con el tiempo, en una forma de liberación.

Por eso, la invitación de hoy es sencilla, pero exigente: cuando las cosas se derrumben, no pierdan el ánimo. Levanten los ojos. El Señor está cerca. Su venida no es solo al final de los tiempos; está aquí, en medio de nuestras incertidumbres, nuestros temores e incluso nuestras pérdidas. Porque, en el misterio de la gracia de Dios, cuando todo parece derrumbarse, Cristo viene a levantarnos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con fe en medio de las incertidumbres de este mundo pasajero, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas, Señor, se conviertan para nosotros en signo de esperanza y de confianza firme, para que, cuando las cosas de la tierra parezcan frágiles e inciertas, nos aferremos con mayor fuerza a Cristo, que es el único que nos eleva hacia la libertad de tu Reino.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría nos recuerdas que las cosas de este mundo son pasajeras, pero nunca abandonas a tu pueblo en los tiempos de prueba. Cuando el miedo oscurece el corazón humano y las seguridades terrenas fallan, revelas a tu Hijo como la esperanza verdadera y duradera de toda la creación.

Por su Cruz, lo que parecía derrota se convirtió en victoria; por su Resurrección, lo que parecía perdido fue elevado a una vida nueva. Y así, llenos de confianza, esperamos la venida gloriosa de Cristo, seguros de que él levanta a quienes ponen su esperanza en él.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, en medio de las incertidumbres y conmociones de este mundo pasajero, permanezcamos firmes en la esperanza y confiados en tu

misericordia, mientras aguardamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles:
«La paz les dejo, mi paz les doy».

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad, aun en medio de los temores e incertidumbres de este mundo. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es quien viene a levantarnos del miedo y a conducirnos a la libertad. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, hay momentos en que algunas partes de nuestra vida parecen derrumbarse más allá de toda reparación. Sin embargo, hoy nos recuerdas que el derrumbe no siempre es el final. En la aparente destrucción de la Cruz, revelaste la resurrección. En nuestras pérdidas, continúas acercándote con una fuerza serena y una esperanza renovadora.
Enséñanos a no aferrarnos con temor a lo que pasa, sino a confiar en ti, que permaneces fiel para siempre. Cuando nos sintamos tentados a la desesperación, ayúdanos a mantenernos de pie y a levantar la cabeza, sabiendo que estás cerca y que tu gracia ya está actuando dentro de nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido la prenda de la redención eterna, te pedimos, Dios todopoderoso, que por medio de este sacramento nos fortalezcas en toda prueba y nos enseñes a confiar plenamente en Cristo, que viene a levantar a

todos los que ponen en él su esperanza.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca cuando la vida parezca incierta. Amén.
Que él eleve sus corazones cada vez que el miedo o el desaliento pesen sobre ustedes. Amén.
Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que, cuando todo parece derrumbarse, Cristo viene a levantarnos.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

No todo final es una derrota. En las manos de Dios, incluso aquello que se desmorona puede convertirse en el lugar donde comienza la gracia y donde Cristo nos eleva hacia una libertad más profunda.

Viernes de la 34.ª Semana del Tiempo Ordinario

Ap 20,1–4.11–21,2; Lc 21,29–33

«Cuando todo pase, su Palabra permanece.»

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un anciano que, después de muchos años, regresó al pequeño pueblo donde había crecido. Caminó lentamente por las calles, observando cómo todo había cambiado: los comercios habían sido reemplazados, las casas habían sido renovadas hasta resultar irreconocibles e incluso el antiguo parque infantil había desaparecido. Sintiéndose un poco desorientado, se detuvo frente a la iglesia donde había sido bautizado. También ella se veía diferente, restaurada y ampliada. Pero cuando entró y escuchó proclamar las conocidas palabras de la Sagrada Escritura, susurró para sí mismo: «Al menos esto no ha cambiado».

Conocemos bien ese sentimiento. Muchas cosas en la vida cambian bajo nuestros pies: los lugares, las relaciones e incluso aspectos de nosotros mismos. Lo que

alguna vez pareció permanente puede desaparecer silenciosamente. Y eso puede llevarnos a preguntarnos: ¿hay algo que realmente permanezca para siempre?

Las lecturas de hoy responden precisamente a esa pregunta. No niegan el cambio; de hecho, hablan de un mundo en el que incluso «el cielo y la tierra pasarán». Esto no pretende asustarnos, sino despertarnos a una verdad más profunda: no todo es tan sólido como parece.

Por eso, al presentarnos ante el Señor, preparamos nuestro corazón para reconocer dónde nos hemos aferrado más a las cosas pasajeras que a aquello que permanece. Pedimos perdón por las veces en que hemos ignorado su Palabra, la única realidad que nunca se desvanece, y nos abrimos a la misericordia que nos restaura y nos fortalece.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú permaneces fiel cuando todo lo demás cambia: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú pronuncias palabras de vida que nunca pasarán: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú eres nuestra esperanza en cada etapa de la vida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados por haber puesto nuestra confianza más en las cosas pasajeras que en su Palabra eterna, nos fortalezca cuando la vida parezca incierta y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuyo Verbo eterno permanece firme
cuando todas las cosas terrenas pasan,

concédenos la gracia de anclar nuestro corazón en Cristo, para que, en medio de las estaciones cambiantes de la vida, permanezcamos firmes en la fe, confiados en tu promesa de renovación y de vida.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una mujer compartió una vez cómo, durante un año especialmente difícil, perdió varias cosas que apreciaba profundamente: su trabajo, el sentido de dirección en su vida e incluso una amistad muy cercana. Una tarde, sintiéndose abrumada, tomó una antigua Biblia que había pertenecido a su abuela. En su interior encontró un pasaje subrayado: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Ella contó que, en aquel instante, algo cambió; no cambiaron sus circunstancias, pero sí la sensación de tener un fundamento firme donde apoyarse.

El Evangelio de hoy utiliza imágenes sencillas: la higuera que brota, el cambio de las estaciones. Jesús nos invita a observar los signos que nos rodean. Así como sabemos reconocer las estaciones de la naturaleza, también estamos llamados a reconocer las estaciones de nuestra propia vida. Hay tiempos de crecimiento y de luz, y hay tiempos que se parecen al invierno: desnudos, fríos e inciertos.

No siempre elegimos nuestras estaciones. A veces la vida nos conduce inesperadamente a una especie de invierno personal: la pérdida, la confusión o el silencio. Y en esos momentos puede parecer que todo se desvanece, tal como Jesús describe cuando habla de que incluso «el cielo y la tierra pasarán».

Pero Jesús hace algo extraordinario. Inmediatamente después de hablar de todo lo que pasará, señala aquello

que no pasará: su Palabra. No se trata simplemente de palabras escritas en una página, sino de su presencia viva, de su promesa y de su verdad. Cuando todo lo demás cambia, Él permanece.

El libro del Apocalipsis refleja esta misma visión. Habla de finales, del paso de lo antiguo, pero también de un nuevo comienzo: un cielo nuevo y una tierra nueva. Dios no contempla simplemente cómo las cosas se desmoronan; Él conduce todas las cosas hacia su renovación. Lo que parece un final se convierte, en sus manos, en una transformación.

Aquí es donde la fe se vuelve verdaderamente concreta. Es fácil confiar cuando la vida parece primavera o verano. Pero la invitación más profunda es confiar en el invierno; creer que, aun cuando no vemos crecimiento alguno, algo está desarrollándose silenciosamente. Su Palabra se convierte en una raíz escondida que nos sostiene firmemente bajo la superficie.

Vivimos en un mundo de cambios constantes: la tecnología, la sociedad e incluso la Iglesia en muchos aspectos. Todo ello puede resultar desconcertante. Sin embargo, Jesús nos recuerda que la estabilidad no se encuentra en las circunstancias, sino en la relación con Él. Su Palabra no es solamente información; es comunión. Es la voz de Aquel que nunca nos abandona.

Y quizá ese sea el consuelo silencioso del Evangelio de hoy: cuando se nos quitan muchas cosas, no todo está perdido. Su Palabra permanece. Su presencia permanece. Su fidelidad permanece; Él es «el que era, el que es y el que ha de venir».

Existe también la historia de un hombre que, después de perder casi todo a causa de un desastre natural, permanecía entre las ruinas de su hogar sosteniendo una pequeña Biblia empapada que había sobrevivido. Cuando le preguntaron cómo se sentía, respondió: «He perdido muchas cosas, pero no he perdido a Aquel que me habla a

través de este libro». Y, de alguna manera, eso fue suficiente para comenzar de nuevo.

Al final, todos atravesamos estaciones cambiantes. Pero por debajo de todo corre una verdad más profunda, firme e inconmovible: cuando todo pase, su Palabra permanece.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, aprendamos a confiar a Dios todo aquello que se desvanece y cambia, y a aferrarnos firmemente a Cristo, cuya Palabra permanece para siempre, para que mi sacrificio y el suyo sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe las ofrendas que presentamos ante Ti en medio de las realidades cambiantes de nuestra vida, y, por medio de este sacrificio, fortalece nuestra confianza en la promesa permanente de tu Hijo, cuyas palabras nunca pasarán. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque en Cristo, tu Hijo,
nos has dirigido la Palabra que nunca se desvanece.
Cuando las fuerzas humanas fallan
y las seguridades de este mundo desaparecen,
Tú permaneces fiel en cada etapa de la vida.
Tú conduces a tu pueblo
a través de tiempos de pérdida e incertidumbre
hacia el cielo nuevo y la tierra nueva que has preparado.
En Él descubrimos una esperanza que sobrevive al sufrimiento, una verdad que permanece más allá de toda sombra pasajera y una presencia que nunca nos abandona.

Por su muerte y resurrección,
renuevas lo que está quebrantado y reúnes toda la creación en tu Reino eterno.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, que permanece verdadera en toda época, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y cuando las cosas pasajeras de este mundo nos llenen de ansiedad o incertidumbre, mantennos firmemente arraigados en la Palabra eterna de tu Hijo.
Con la ayuda de tu misericordia,
haz que permanezcamos fieles en cada etapa de la vida,
firmes en la esperanza mientras aguardamos el cumplimiento feliz de tus promesas
y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
Tú dijiste a tus discípulos que no tuvieran miedo
cuando el cielo y la tierra pasaran,
porque tu Palabra y tu presencia permanecen para siempre.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
éste es Aquel cuya Palabra permanece cuando todo lo demás se desvanece.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La vida transcurre por muchas estaciones.
Algunas están llenas de claridad y alegría;
otras parecen inciertas y despojadas de todo.
Sin embargo, Cristo permanece presente en todas ellas.
Hoy hemos recibido no sólo el Pan bajado del cielo,
sino también la Palabra viva que nos sostiene desde dentro. Aunque muchas cosas cambien a nuestro alrededor, su fidelidad no cambia.
Descansemos por un momento en esta serena certeza:
cuando todo pase, su Palabra permanece.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por estos santos misterios,
te pedimos humildemente, Señor,
que nos fortalezcas con el poder duradero de tu Palabra,
para que, en medio de las realidades pasajeras de este mundo, perseveremos en la fe y caminemos con esperanza hacia la nueva creación que nos prometes.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor fortalezca sus corazones cuando la vida parezca incierta y cambiante. Amén.

Que Él les ayude a confiar en la Palabra de Cristo,
que nunca pasará. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando no en lo que se desvanece, sino en la presencia y la promesa permanentes del Señor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando muchas cosas a nuestro alrededor cambian o desaparecen, Cristo nos invita a no aferrarnos con miedo a lo que pasa, sino a sostenernos firmemente en lo que permanece: su Palabra, su presencia y su amor fiel.

SÁBADO DE LA SEMANA 34 DEL TIEMPO ORDINARIO
Ap 22,1–7; Lc 21,34–36

INTRODUCCIÓN

«Permanezcan despiertos en la presencia de Aquel que ya está aquí y que sigue viniendo».

Se cuenta la historia de un vigilante nocturno de un pequeño pueblo que cada noche recorría las calles llevando una linterna. Una vez alguien le preguntó: «¿Por qué llevas la luz? Las calles están tranquilas y aquí nunca pasa nada». El vigilante respondió: «Puede ser así; pero si algo sucede, debo estar preparado para verlo». Su tarea no era hacer que ocurrieran acontecimientos, sino estar despierto para reconocerlos.

También nosotros podemos pasar por la vida en una especie de sueño espiritual, suponiendo que no ocurre nada importante entre Dios y nosotros. Los días transcurren, las rutinas se establecen y nuestra sensibilidad espiritual se adormece. Sin embargo, el Evangelio de hoy nos sugiere que siempre está ocurriendo algo: el Señor está siempre cerca, siempre viene, siempre está presente.

Hoy, en el último día del año litúrgico de la Iglesia, estamos como aquel vigilante al borde de un umbral. Detrás de nosotros queda el año que ha pasado; delante de nosotros comienza el tiempo de Adviento, un tiempo de espera, vigilancia y renovada atención. La cuestión no es si Dios vendrá, sino si nosotros estaremos despiertos para reconocerlo.

Por eso, al prepararnos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos las veces en que hemos permitido que nuestro espíritu se adormezca, distraído, preocupado y poco atento al Señor que está cerca. Pidamos la gracia de volver a ser vigilantes mientras nos dirigimos al Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú ya estás presente en medio de tu pueblo, pero muchas veces no logramos reconocerte: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a permanecer despiertos en la oración y atentos en la fe: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú vienes silenciosamente en los momentos ordinarios de la vida y nos invitas a recibirte con el corazón abierto: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso despierte nuestros corazones a su amorosa presencia, nos libere de todo aquello que debilita nuestra fe y nos distrae de su venida, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor, la gracia de permanecer vigilantes en la fe y constantes en la oración, para que, en medio de las preocupaciones y distracciones de este mundo pasajero, podamos reconocer con corazón alegre la presencia de tu Hijo, que ya está entre nosotros y que continuamente viene para salvarnos.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre contó una vez que estuvo a punto de perder una llamada telefónica muy importante que cambió su vida. La había estado esperando durante todo el día, pero cuando finalmente llegó, se había quedado dormido en el sofá. El teléfono sonó a su lado, pero en medio de su somnolencia lo ignoró. Solo más tarde comprendió lo que había perdido. «La estaba esperando», dijo, «pero no estaba suficientemente despierto para recibirla». Esa

experiencia refleja algo de lo que Jesús nos advierte en el Evangelio de hoy.

«Permanezcan despiertos, orando en todo tiempo». Jesús no está hablando de perder el sueño ni de vivir llenos de ansiedad. Está señalando una forma más profunda de vigilancia: una atención espiritual, un corazón alerta a la presencia de Dios. Es posible estar físicamente despiertos y, sin embargo, espiritualmente dormidos, pasando el día sin ninguna conciencia de Dios.

Podríamos preguntarnos, como seguramente lo hicieron los discípulos, cómo es posible «orar en todo tiempo». La vida es muy activa. Hay responsabilidades, tareas, conversaciones y compromisos. Incluso san Pablo, que nos exhorta a «orar sin cesar», también insiste en la importancia del trabajo cotidiano. Por tanto, esta oración constante no puede significar permanecer de rodillas durante todo el día.

Lo que Jesús nos pide es una actitud, una manera de vivir. Es la serena conciencia de que Dios está con nosotros en todo: en nuestro trabajo, en nuestras conversaciones, en los momentos de descanso e incluso en nuestras dificultades. Es vivir con una apertura interior permanente, donde el corazón permanece orientado hacia Dios aun cuando las manos están ocupadas.

Esto es lo que podríamos llamar una actitud contemplativa ante la vida. No algo reservado para monasterios o retiros espirituales, sino algo entretejido en la vida ordinaria. Es la diferencia entre correr de una tarea a otra absorbidos únicamente por nuestras obligaciones, o vivir el mismo día con una suave conciencia interior: «El Señor está aquí».

Sin embargo, Jesús es realista. Nos advierte que «las preocupaciones y los placeres de la vida» pueden embotar nuestro corazón. Sabemos cuán fácilmente ocurre esto. Las preocupaciones nos consumen o las distracciones nos dispersan. Nos llenamos de tanto ruido —externo e interno— que ya no queda espacio para percibir la silenciosa presencia de Dios.

Por eso son tan importantes los momentos de oración deliberada. Si nunca nos apartamos un poco, si nunca hacemos una pausa, perdemos la capacidad de reconocer a Dios en el fluir de la vida diaria. Esos momentos tranquilos de oración son como una afinación del corazón, para que durante toda la jornada podamos permanecer despiertos, atentos y receptivos.

Y hoy, al encontrarnos en el umbral del Adviento, la Iglesia nos invita a recuperar esa vigilancia espiritual. El Adviento no consiste solamente en esperar la Navidad; consiste en aprender nuevamente a reconocer al Señor que ya está entre nosotros. Se trata de convertirnos en personas suficientemente despiertas para descubrir su venida en la Sagrada Escritura, en la Eucaristía, en los demás y en los acontecimientos ordinarios de nuestra vida.

Se cuenta la historia de una enfermera que trabajaba en el turno de noche de un hospital. Ella decía que, en la quietud de la noche, se volvía más atenta a sus pacientes, no menos. «Durante el día», explicaba, «hay tanto ruido y tanta actividad que muchas cosas pasan desapercibidas. Pero por la noche, incluso el más pequeño cambio —un movimiento, una respiración, un susurro— se vuelve perceptible». En el silencio aprendió a observar con más cuidado y a escuchar con más profundidad.

Esa es la clase de atención a la que Jesús nos invita. No una vigilancia temerosa, sino una conciencia amorosa. Permanecer despiertos en la fe significa vivir cada día con esa serena disposición: observar, recibir y responder. Porque el Señor que esperamos no está lejos. Ya está aquí, presente con suavidad y amor, y continúa viniendo a nuestro encuentro.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, también nuestros corazones se vuelvan vigilantes y atentos, dispuestos a acoger al Señor que viene a nosotros en estos santos misterios, y para que mi sacrificio y el suyo sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas que te presentamos al concluir este año litúrgico, y por medio de este santo sacrificio despierta en nosotros un espíritu de oración constante y de fiel vigilancia, para que podamos reconocer tu presencia en los momentos ordinarios de nuestra vida y esperar con confianza la venida de tu Reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque, en tu amorosa sabiduría, nunca dejas de acercarte a tu pueblo. En tu Hijo caminas a nuestro lado por los senderos ordinarios de la vida, nos hablas en tu Palabra, te revelas en los pobres y olvidados, y permaneces siempre con nosotros al partir el pan.

Y mientras esperamos la plenitud de su venida gloriosa, nos enseñas a vivir con corazones vigilantes, despiertos en la oración y atentos en la fe, para que, en medio de las distracciones de este mundo, podamos reconocer los discretos signos de tu presencia.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en que el Padre está siempre cerca de quienes velan y oran con fe:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de toda distracción y ansiedad que agobie nuestros corazones, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, permanezcamos espiritualmente despiertos y atentos a la venida de tu Hijo, mientras esperamos la feliz esperanza y la manifestación gloriosa de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: «La paz les dejo, mi paz les doy», no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad que nacen de corazones atentos a tu presencia y abiertos a tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, éste es Aquel que viene a nosotros y permanece siempre con nosotros. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor que esperamos ya está aquí.
Viene silenciosamente por medio de su Palabra, por medio de esta Eucaristía, por medio de las personas y de los acontecimientos que llenan nuestros días. La cuestión no es si Cristo está presente, sino si nuestros corazones están lo suficientemente despiertos para reconocerlo.

Que esta comunión profundice en nosotros una serena capacidad de atención espiritual, para que entremos en el Adviento con los ojos abiertos, el corazón vigilante y el espíritu dispuesto a recibir a Aquel que siempre viene.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de haber recibido estos santos misterios, te pedimos, Señor, que permanezcamos vigilantes en la fe y constantes en la oración, para que, atentos a tu presencia en este mundo pasajero, podamos un día comparecer con confianza ante tu Hijo cuando venga en gloria.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los mantenga vigilantes en la fe, atentos a su presencia y constantes en la oración. Amén.

Que libere sus corazones de toda distracción y los llene de la serena alegría de quienes reconocen que Él está cerca. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, permaneciendo atentos a la presencia de Cristo, que ya está entre ustedes y que continúa viniendo a sus vidas cada día.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«El Señor ya está aquí. La vida espiritual comienza cuando aprendemos a reconocer su presencia».